



JOSÉ DE ANCHIETA Y LA FUNDACIÓN  
DE RÍO DE JANEIRO

JOSÉ A. FERRER BENIMELI

Aunque la fundación de Rio de Janeiro por los portugueses comenzó el 1.º de marzo de 1565, la presencia de europeos en la bahía de Guanabara es anterior en diez años, cuando los franceses intentaron ocupar Brasil, a mediados del siglo XVI, con poderosos recursos en hombres y material de guerra. Para ello y para cortar la comunicación entre las dos capitanías portuguesas de Espíritu Santo, al norte, y de San Vicente, al sur, un grupo de franceses calvinistas, a finales de 1555, se introdujo en la bahía de Guanabara —a medio camino entre ambas capitanías— donde lograron fortificarse en la isla de Serigipe construyendo el fuerte Coligny<sup>1</sup>, a la entrada de dicha bahía de Guanabara que en un principio se creyó que se trataba de un río. Dos años después llegaban dos pastores calvinistas, Pedro Richier y Guillermo Chartier, junto a otros seguidores de Calvino que por aquel entonces se hallaba en el apogeo de difusión de sus ideas en Europa<sup>2</sup>.

Esta presencia calvinista en las costas de América alertó especialmente a la corona española y a los jesuitas desplazados en esas tierras, ya que amenazaba la unidad geográfica, lingüística y religiosa de las mismas. Los portugueses, sin embargo, reaccionaron tarde, pues hasta 1560 —es decir tres años después del fallecimiento del rey Juan III de Portugal— no llegaron refuerzos enviados por la regente Catalina de Austria, hermana de Carlos V<sup>3</sup>. Fue entonces cuando el tercer gobernador de la colonia, Mem de Sá, decidió iniciar la campaña contra los franceses de Guanabara.

La victoria de Mem de Sá y la destrucción del fuerte de Coligny —que representó la consolidación definitiva de la obra colonizadora de los portugueses en el sur de la colonia— supuso también para los jesuitas, que habían apoyado dicha campaña en favor de Portugal con la par-

ticipación de los indios de sus «aldeamientos» o reducciones, el triunfo de la fe católica frente a la herejía calvinista. Precisamente de esta acción nació el primer poema épico de América, escrito en latín (3.000 hexámetros) el único que Anchieta dedicó a un tema profano, y que lleva como título *De gestis Mendi de Saa*<sup>4</sup>, en el que se narra la conquista y destrucción de la Troya calvinista del Rio de Enero.

A pesar de la derrota los franceses persistieron en su empeño de establecerse en el litoral sureño de Brasil. Los supervivientes de la batalla de Guanabara, que se habían refugiado en el continente amparados por algunas tribus indígenas cuya amistad y alianza supieron granjearse, fueron en adelante un peligro todavía mayor, ya que organizaron la sublevación generalizada de los tamoios junto con algunas tribus tupís contra la capitanía de San Vicente, y especialmente contra el asentamiento de Piratininga o Sao Paulo, levantamiento que se conoce con el nombre de «confederación de los tamoios». Los tamoios dominaban todo el litoral desde Bertioga hasta Cabo Frío. Pueblo belicoso por excelencia, eran 10.000 arcos con los que el francés pasó a contar sobre sus propios recursos ya de por sí importantes.

El P. Nóbrega en carta dirigida a Henrique de Portugal<sup>5</sup>, el 1.º de junio de 1560, describe cómo fue la conquista de dicha fortaleza. Con la llegada del Gobernador se determinó ir a librar el Río de Janeiro del poder de los franceses, «todos luteranos», y partió, visitando algunas Capitanías de la costa hasta llegar a Espiritu Santo, Capitanía de Vasco Fernández Coutinho, «donde halló poca gente en gran peligro de ser comidos de los indios y tomados por los franceses, los que pidieron todos que o se tomara la tierra por el Rey o que se los llevase de allí por no poder ya aguantar más»<sup>6</sup>, y lo mismo requería Vasco Fernández Coutinho en sus cartas al gobernador. Después de tomado consejo sobre esto se aceptó «dando esperanzas que de vuelta se fortalecería en lo que pudiese por no tener tiempo para más y no estorbar el negocio a que había venido», a saber, el Rio de Janeiro.

«De allí partimos —prosigue Nóbrega— para Rio de Janeiro y se acordó en consejo que llegaríamos de sorpresa, de noche, para coger a los franceses desapercibidos; y mandó el Gobernador a uno, que conocía bien aquel Río, que fuese delante guiando a la armada y que fondease cerca donde pudiesen los botes dejar la gente en tierra, a la que se había de ir por cierto lugar; pero aconteció de otra manera de la ordenada, porque este guía, o por no saber, o por no querer, hizo anclar la armada tan lejos del puerto que no pudieron los botes llegar sino de día, después de andar gran parte de la noche, con lo que fue vista y sentida la armada»<sup>7</sup>.





El mismo día que llegaron al Río —el 18 de febrero— se tomó una nave que estaba allí «para cargar [palo de] Brasil». La gente de dicha nave huyó a tierra y se recogió en la fortaleza. Tomóse consejo de qué se debía hacer, y

viendo todos la fortaleza y el sitio en que estaban los franceses y que tenían consigo a los indios de la tierra, temieron combatirlos y mandaron pedir ayuda a la gente de San Vicente; pero los de San Vicente, sabiendo la venida del gobernador a Río, ya estaban de camino<sup>8</sup>. Y una vez que llegaron determinóse el Gobernador a combatirlos, pero toda su gente le contradecía porque tenían todo ya bien espiado y les parecía cosa imposible entrar en una cosa tan fuerte, y sobre esto hicieron muchos desacatos y desobediencias<sup>9</sup>.

Finalmente el gobernador supo aunar las voluntades de todos, tan contrarios a la suya, y unos y otros, fueron convencidos y les pareció bien atacar a la fortaleza. Escribe Nóbrega:

Fue maravilla de Nuestro Señor que después de combatida dos días y no pudiendo entrar y no teniendo ya los nuestros más pólvora que la existente en las cámaras para tirar, y habiéndose tratado cómo podríamos retirar la artillería que habíamos puesto en tierra, sabiendo que en la fortaleza estaban más de sesenta franceses de pelea y más de ochocientos indios, y que de los nuestros habían ya muerto diez o doce hombres con bombardas y espingardas, mostró entonces Nuestro Señor su misericordia y dio tan gran miedo a los franceses e indios que con ellos estaban, que salieron de la fortaleza y huyeron todos<sup>10</sup> dejando lo que tenían sin podérselo llevar<sup>11</sup>.

Estos franceses —prosigue Nóbrega—

segúan las herejías de Alemania, principalmente las de Calvino, que está en Ginebra, según supe de ellos mismos, y por los libros que se encontraron muchos, y vinieron a esta tierra para sembrar estas herejías entre el gentío. Y, según supe, habían enviado muchos niños para aprenderlas del mismo Calvino y a otras partes para que después fueran maestros y algunos de estos llevó el Villagalhao que era el que hizo aquella fortaleza y se intitulaba Rey de Brasil<sup>12</sup>.



De este se cuenta que decía, cuando el rey de Francia Enrique II (1547-1559) no quería favorecerle para conquistar esta tierra, que se había de confederar con el turco, prometiéndole dar por esta parte la conquista de la India y las naves de los portugueses que de allá viniesen, porque aquí podría hacer el turco sus armadas con la mucha madera de la tierra. Pero —prosigue Nóbrega en su carta al infante don Henrique de Portugal—

El señor oyó desde lo alto tanta maldad y tuvo misericordia de la tierra y de tanta perdición de almas y mentita est iniquitas sibi<sup>13</sup>, y le deshizo el indio y dio su fortaleza a manos de los portugueses, que la destruyeron en lo que se podía derribar por no tener el gobernador gente para poblarla y fortificarla como convenía<sup>14</sup>.

Los franceses quedaron entre los indios esperando gente y socorro desde Francia, tanto más que decían que estaban allí porque el rey de Francia les había mandado para descubrir los metales que hubiese en la tierra por lo que muchos franceses estaban dispersos por diversas partes para mejor buscarlos.

Ante esta situación la solución que propone Nóbrega al cardenal Infante, como muy necesaria, es la de poblar el río de Janeiro y hacer allí otra ciudad como la de Bahía, porque con ella quedaría todo guardado, tanto la capitanía de San Vicente como la del Espíritu Santo que ahora estaban muy debilitadas, tanto más que una vez lanzados fuera los franceses, los indios se podrían sujetar mejor.

A este fin era preciso enviar más moradores que soldados porque de otra manera se podía temer con razón «ne redeat inmundus spiritus cum aliis septem nequioribus, et sint novissima peiora prioribus»<sup>15</sup>. Tanto más que la fortaleza que se desmochó, «como era de piedras y de roca que cavaron en picado, fácilmente se podía volver a reedificar y fortalecer mucho mejor<sup>16</sup>.

Aunque después de tomada la fortaleza atacó el gobernador una aldea de indios y mató muchos no pudo hacer más porque tenía necesidad de reparar los navíos que habían quedado muy dañados de las bombardas, y se vio obligado a volver a la capitanía de San Vicente, por lo que los indios tamoios, apoyados y dirigidos por los franceses, siguieron atacando y molestando los diversos asentamientos de los portugueses en esas tierras<sup>17</sup>.

Los testimonios procedentes de los diversos poblados establecidos por los jesuitas portugueses<sup>18</sup> nos hablan del «gentio tamoio» y de la «ban-

da do Río de Janeiro» que atacaban las ciudades de San Vicente y Santos, llegando por mar «en grandes armadas de canoas» en las que venían franceses, y por tierra llevándose como prisioneros a blancos, esclavos y mujeres «braoquas»<sup>19</sup>. Razones por las que la Cámara de Sao Paulo hizo un requerimiento a Estaciõ de Sa, capitán mayor de la armada real portuguesa para que viniera en su ayuda<sup>20</sup>.

Anchieta se refiere a esta situación ya en abril de 1563, en una carta dirigida a Diego Laínez, General de los jesuitas, en la que establece diferencia entre «nuestros indios», los tupis o tupinaquins, frente a los «contrarios enemigos», los indios tamoios que «vienen muy a menudo por diversas partes, por mar y por tierra a saltar, y siempre llevan esclavos de los cristianos»<sup>21</sup>.

Posteriormente, el 8 de enero de 1565, en carta escrita desde San Vicente y dirigida también al general de los jesuitas, el P. Diego Laínez, Anchieta alude nuevamente a «las grandes opresiones que dan a esta tierra unos nuestros enemigos llamados Tamuya»<sup>22</sup> del Río de Henero, llevando continuamente los esclavos, mujeres e hijos de los cristianos, matándolos y comiéndolos, y esto sin cesar, unos idos, otros venidos por mar y por tierra, ni abastar sierras y montañas muy ásperas, ni tormentas muy graves para impedir su oficio cruel...<sup>23</sup>

De cómo Anchieta y Nóbrega quedaron de rehenes mientras se llegaba a una paz duradera con los tamoios de Rio de Enero «onde está la mayor fuerza de los suyos y el trato de los franceses» me ocupé en mi trabajo anterior sobre los caníbales de Iperuig<sup>24</sup>. Tanto Anchieta como Nóbrega pretendían con su actitud establecer las bases que permitieran una convivencia pacífica entre los indios, sustrayéndolos del negativo influjo de los franceses calvinistas. Paz que debía facilitar al gobernador portugués la repoblación pacífica del Rio de Janeiro.

Tal vez sea oportuno recordar lo que Anchieta escribió entonces sobre el influjo francés entre los tamoios del Rio de Henero. En el intercambio de rehenes que permitió llegar a una efímera paz, quedó con los indios tamoios un francés que les transmitió «en lengua brasílica» toda una serie de informaciones sobre los franceses calvinistas de la bahía de Guanabara, que ellos creían ser un río.

Así supieron que todos los franceses que estaban en el Río eran «fideles y no papistas», es decir protestantes y no católicos. En consecuencia «no tenían misa». Más aún, perseguían y mataban a los que la decían, porque ellos «creen en solo Dios». Las mismas fuentes —el francés en cuestión y los indios procedentes del Río— les informaron de cómo de Francia habían sido enviados doce frailes —al parecer de la orden de San Bernardo—





los quales hizieron casa y mantinimientos un año que ay estuvieron, y bivían apartados de los suios, de los quales eran perseguidos y mal tratados, porque eran papistas y dizían missa; mas de los Indios salvages eran tractados con mucha humanidad, y algunos les daban sus hijos a enseñar, y con esso passavan muito trabajo de hambre. Por lo qual siendo forçados a buscar de comer por las roças y no conociendo bien las raíces, comieron una vez mandioca assada, y ovieron de morir, lo qual este francés contava con mucho gusto y plazer que dello avía. Otra ves andando los fieles siervos del Señor trabajando y quemando un pedaço de bosque cortado para en él plantar mantinimiento, se pegó fuego a las casas y quemó toda su pobreza que tenían y ornanentos de la iglesia. Viéndose ellos tan perseguidos de los suios<sup>25</sup>, y que con los gentiles<sup>26</sup> no podían hazer fructo alguno, como pretendían, tornáronse para Francia, y aún es más de creer que los mesmos franceses los llevaron, porque no seguían la secta de Calvino. Y según me contó un indio, en el camino mataron algunos dellos y en llegando a Francia mataron a los otros<sup>27</sup>.

Por lo que respecta a la vida de los franceses «que estaban en este Río», añadía Anchieta

es ya no solamente oie apartada de la Iglesia Catholica, más también hecha salvage. Biven conforme a los Indios comiendo, bibiendo, bailando y cantando con ellos, teñiéndose con sus tintas prietas y bermejas, ornándose con las plumas de los páxaros, andando desnudos a las vezes, sólo con unos pañetes, y finalmnte matando contrarios según el rito de los mismos Indios, y tomando nombres nuevos como ellos, de manera que no les falta más que comer carne humana, que em lo más de su vida es corruptíssima. Y con esto, y con les dar todo género de armas, incitándolos siempre que nos hagan guerra y aiudándolos en ella, le son aún péssimos<sup>28</sup>.

Con tan ilustres mentores no es de extrañar que las paces conseguidas fueran más teóricas que reales. Anchieta reconoce que «de los del Río ya quasi teníamos el desengaño»

que no querían pazes, porque teníamos cierta noticia, que yo avía mui bien alcançado en Iperuig de los mesmos Indios, que tenían cerca de dozientas canoas juntas, con las quales determi-



navan, con este título de pazes, entrar en nuestras Villas, que ya muchos dellos tenían mui bien miradas, y poner todo a fuego y a sangre si pudiessen <sup>29</sup>.

Los hechos que relata Anchieta siempre giran en torno a las mismas técnicas: «Vinieron otros por dos vezes y saltaron y comieron algunos esclavos», y «avian muerto y comido un muchacho portugués después de las pazes»...

Después de luenga dessimulación venieron otras 7 canoas, diciendo que nos venían ajudar, los quales fueron recibidos de paz en la fortaleza de la Beriquioca; y ellos dentro, viendo buena ocasión, tomaron a las manos quantos pudieron y atados los llevaron. Dos dellos eran mestiços, un hombre y un niño, los más eran esclavos. Al guarda de la fortaleza tuvieron afferrado, mas quiso Dios que uvo un montante a las manos, y hizo tal estrago en ellos, que se davan por satisfechos de los esclavos que le avían tomado. Allí quedaron algunos muertos, muchos fueron muy mal heridos y dellos morieron en el camino. Con todo, él quedó ferido de una flecha, de que agora está tollido con una perna seca. Este es el fin y remate que deran a las pazes los enemigos de la paz: y no es mucho para gente que a sus hermanos y parientes, con quien están comiendo y bibiendo, matan y comen <sup>30</sup>.

Estando así las cosas llegó la armada que había sido pedida a Lisboa por el gobernador Men de Sá y por Nóbrega —el provincial de los jesuítas de Brasil— al Cardenal Infante, D. Henrique, por aquel entonces regente del reino. El Cardenal envió la escuadra a Bahía y de ahí se dirigió a Río de Henero. Allí —escribe Anchieta—

fue recibida de los contrarios como amigos luego al principio, mas entre tanto estávase ajuntando la gente de las Aldeas. La qual junta, con quasi cien canoas acometieron una nao y un barco que venían pera cá, y pusiéronlos en tanto aprieto, que si no fueran las grandes ollas que hazían, oviéranlos de tomar, porque a la nao rompieron por dos partes con hachas junto al agua, dándoles para esto favor y ardiles los franceses que venían con ellos mezclados, y mataron algunos hombres y flecharon muchos. Al barco, después de la gente del mal herida acogerse a la nao, le pusieron las manos en un bordo para entrar a le despojar; mas eran tantos, que lo trabucaron y metieron en el hondo. Mas de los enemigos fue-





ron muchos muertos, heridos y quemados con pólvora, y assí so ovieron de ir; y la nao se vino su camino. También otro día mataron 8 hombres y hyrieron todos los más que tomaron en una barquilla que se desmandó, y si no les fuera socorro, mui deprisa todos los llevavan para comer <sup>31</sup>.

Al frente de la armada estaba Estació de Sá, el sobrino del gobernador Mem de Sá, que figuraba como Capitán Mayor, quien junto con Brás Fragoso, Oidor General, debían acometer la población de Río. Estació de Sá había acompañado a su tío y gobernador en la toma de la fortaleza de Río de Janeiro de 1560. Enviado por el gobernador a Portugal para activar la venida de la armada destinada a la fundación de la ciudad de Río de Janeiro, volvió a Brasil en 1563, en la misma armada en que iba como Capitán Mayor. Estació de Sá mostróse digno de la empresa que le fue confiada de fundar la ciudad de Río de Janeiro <sup>32</sup>.

El Capitán Mayor de la armada, en cuanto llegó al Río, envió a San Vicente un navío pequeño, para que recogiera al P. Nóbrega, quen con su consejo debía orientarle en lo que debía hacer. En dicho navío se embarcaron, el 19 de marzo de 1564, Nóbrega y Anchieta, y alguna otra gente. De paso visitaron en Iperuig a los amigos que allí habían hecho durante su larga estancia como rehenes, y el viernes santo, de noche, llegaban al Río o bahía de Guanabara. Medio perdidos, echada el áncora, mandaron a tierra, a una isleta que fue de los franceses, una barca. Pero

hallaron todas las casas, onde los nuestros posavan, quemadas, y algunos cuerpos de esclavos, que allí avían muerto de su dolencia, desenterrados y las cabeças quebradas, lo qual avían hecho los enemigos, porque no se contentan de matar los bivos, mas también desentierran los muertos y les quebran las cabeças para maior vengança, y tomar nuevo nombre <sup>33</sup>.

Estos esclavos habían llegado en la armada de Estació de Sá, que resistió casi dos meses antes de decidirse a pedir ayuda a San Vicente. Habían entrado en el Río el 6 de febrero, pero justo dos días antes de la llegada del navío que trasportaba desde San Vicente a Anchieta y Nóbrega, habían salido para repostar. Anchieta y Nóbrega se encontraron, pues, una vez más sólos:

Y como amanesció, vimos venir flechas que traya la agua, de manera que poco más o menos atinávamos lo que avá sido y esperávamos lo que nos podría venir, que era ser tomados y



comydos: en lo qual no poníamos duda, porque el viento, que era mui grande, nos tenía cerrada la puerta, entrando por medio de la barra, y en ninguna manera podíamos salir, mas allí aviamos de aguardar lo que Nuestro Señor nos embiasse, y assí enbió, que fue su acostumbrada y paterna misericordia <sup>34</sup>.

Y unas líneas más adelante añade Anchieta:

Y Nuestro Señor, acordándose de nosotros, que no estábamos mui lexos ser tragados en los vientres de los Tamuias <sup>35</sup>, que son peores que las ballenas, mandóles aquel viento de travez, que es el más furioso que ay en esta costa, con el qual ninguna otra cosa podían hacer, aunque quisiessen, sino tornar a entrar en el Río <sup>36</sup>.

Y así llegó el sábado, víspera de Pascua de Resurrección, cuando regresó la armada y pudieron decir misa en aquella isla. Pero como la armada estaba muy desbaratada, retornaron a San Vicente para rehacerla

con detriminación de tornar a hacer población al Río de Henero, assí por desarreigar dallí la sinagoga de los contrarios calvinios, como porque allí es la mayor fuerça de los Tamuias, y sería una gran puerta para su conversión <sup>37</sup>.

Volviendo después a Guanabara, fortalecida la armada con la gente de la Capitanía de San Vicente, en particular de Sao Paulo, se verificó el desembarco el 1.º de marzo de 1565, fecha fundamental de la nueva ciudad de San Sebastiao do Rio de Janeiro.

Anchieta, en carta escrita al Provincial de Portugal desde Bahía, el 9 de julio de 1565, nos describe pormenorizadamente la fundación de Río <sup>38</sup>.

En San Vicente pasó la armada «mucho tiempo» reparándose de «cuerdas, amarras y otras cosas» necesarias y esperando la llegada de los Yupinanquis <sup>39</sup> con los que se quería poblar el Río de Janeiro, y con los que se habían hecho paces. Por dos veces se enviaron navíos a sus poblaciones para llamarles y que ayudaran contra los Tamoios de Río. Los cuales «prometiéndolo venir, no vinieron sino muy tarde y pocos y luego se volvieron desde San Vicente sin querer venir a Río con nosotros», lo cual fue la principal causa de la larga detención que la armada hizo en San Vicente. Finalmente

después de muchas contradicciones así de los pueblos de San Vicente como de los Capitanes y gente armada, a los que parecía im-



posible poblar el Río de Janeiro con tan poca gente y mantenimientos, el capitán mayor, Estació de Sá y el Oidor General Brás Fragosos, que siempre resistieron estos encuentros y contradicciones, determinaron llevar a cabo esta empresa que había comenzado <sup>40</sup>.

Confiados «en la bondad y poder divino» —escribe Anchieta— decidieron que el Oidor General se quedase en San Vicente haciendo reparar el galeón San Juan y la nave francesa tomada a los franceses por la armada de Estació de Sá cuando entraron en Río de Janeiro en febrero de 1564, naves que se hallaban «comidas de gusanos» y que no estaban en condiciones de poder navegar. Una vez reparadas volvería con ellas y socorros al Río. Entretanto el Capitán Mayor debía pasar en su nave capitana Santa María la Nueva y algunos navíos pequeños y canoas para comenzar la población de Río.

Así pues, —describe Anchieta—

partió el Capitán Mayor sólo en su nave, el 22 de enero de 1565, y el mismo día vio la isla de San Sebastián, que está doce o trece leguas de San Vicente, donde estuvo esperando los navíos pequeños que estaban repostando y que partieron de Bertioiga el 27 del mismo mes, y al día siguiente asistieron a la Capitana. Los navíos pequeños eran solamente cinco y tres de ellos de remos. Con ellos llegaron ocho canoas a cargo de los Mamelucos <sup>41</sup> de San Vicente con algunos indios de Espíritu Santo que el año pasado habían ido con el Capitán mayor, y algunos otros de San Vicente, de entre nuestros discípulos cristianos de Piratininga. De manera que toda la gente, tanto de los navíos como de las canoas, podían llegar hasta 300 hombres que era bien poco para poder poblar el Río, a lo que se juntaba el poco mantenimiento que traían, que se decía podía durar dos o tres meses <sup>42</sup>.

Con este grupo llegó Anchieta y el P. Gonzalo de Oliveira, enviados por Nóbrega a la población y fundación de Río por ser ambos «grandes lenguas», expertos conocedores de los dialectos indígenas. Así relata Anchieta que en cuanto llegaron a la isla donde ya estaba el Capitán mayor dijeron misa y se confesó y comulgó alguna gente que les acompañaban «con gran alegría y fervor, confiados que con aquella poca fuerza y poder que traían habían de poblar, ayudados del brazo divino, y que no les había de faltar el mantenimiento en esta isla».

Ordenó el Capitán mayor que los navíos de remos acompañaran las canoas, y, puesto que de ahí en adelante entraban ya en la tierra de los



Tamoios, era necesario que cada día avanzaran y penetraran en algunas islas. Y para que estuvieran más seguros mandó meter gente en una canoa que venía a popa de un navío, dando sus esclavos para que remasen con algunos mamelucos. «Y Nuestro Señor les dio tan buen tiempo» que siempre los navíos de remos llegaban hasta las islas, logrando entrar en la isla grande<sup>43</sup> donde estuvieron muchos días esperando a la capitana, la cual tuvo muchos vientos contrarios sin poder utilizar las velas como los navíos pequeños, y fue forzada a arribar a una isla con «a verga do traquete quebrada e rendido o mastro grande».

Los mamelucos e indios enfadados de esperar tanto tiempo a la capitana, y forzados por el hambre, ya casi no tenían alimentos, determinaron ir a buscar una aldea de Tamoios que estaba a dos o tres leguas, y

ayudó Nuestro Señor que llegaron a la aldea y la quemaron, matando un contrario y tomando un niño vivo y toda la demás gente se escondió en los matos. Con esta victoria, alegres, se mudaron todos a otro puerto de la misma isla grande donde había mucha abundancia de peces y carne, scilicet 'bugios' y otra caza de mato.

También allí dijimos misa muchas veces y se confesó y comulgó mucha gente preparándose para las guerras que esperaban en el Río de Janeiro. Sin embargo, aunque trabajamos mucho por nuestra parte y los capitanes de los navíos por la suya, no pudimos acabar con los indios que esperasen al Capitán mayor, como él tenía ordenado, antes apartándose de los navíos fueron para adentro de una isla llamada Marambaya<sup>44</sup> por entre aldeas de los Tamoios, camino del Río de Janeiro; y porque eran pocos y estaban en gran peligro, pareció bien que los mamelucos fuesen con ellos y juntos esperasen a los navíos en unas islas que estan una legua fuera de la boca del Río, a las que llegaron sin ningún encuentro de Tamoios u otro peligro alguno<sup>45</sup>.

Anchieta en su minuciosa descripción prosigue así:

Los navíos quedaron esperando a la capitana cinco o seis días, y pareciéndoles que habría ya pasado de largo, y temiendo el peligro de las canoas, partieron a la una de la madrugada; y saliendo por la boca de la isla vieron a la capitana que esa noche había entrado; y así, todos juntos con mucha alegría, comenzaron con próspero viento a ver las islas donde las canoas estaban esperando. Pero no quiso Nuestro Señor que llegasen ese día, antes cal-

mando el viento y viniendo después otro contrario junto con grandes corrientes de agua, tomó la capitana rumbo a la Isla Grande y en el camino estuvo en gran peligro de perderse 'sobre amarra em huma baixa'. Los otros navíos anduvieron con mucho trabajo, ora vela, ora a remos, dos o tres días para poder tomar las islas y acudir a las canoas que bien adivinaban serían tomadas de los contrarios o vueltas a San Vicente o muy próximas a hacerlo como en verdad estaban. Porque habiendo pasado ya seis o siete días que estaban esperando, faltándoles el mantenimiento, sólomente comían palmitos y peces, y bebían una poca agua, de lo que todos estaban debilitados, y algunos enfermos 'de cámaras'; y perdiendo ya la esperanza de que llegaran los navíos, determinaron partir cada uno hacia su tierra, scilicet, los indios de Espíritu Santo con tres canoas para la suya, y los Mamelucos y Tupinaquis para San Vicente <sup>46</sup>.

Anchieta —al igual que a lo largo de toda la carta— manifiesta también aquí su particular visión providencialista de lo sucedido, en uno de los momentos más delicados de la difícil aventura que supuso el asentamiento de Río.

Y estando ya decididos a efectuar esta su determinación vieron uno de los navíos, que a fuerza de brazos y remos venía ya junto a las islas con cuya vista se alegraron y esperaron unos días más hasta que llegaron a cuatro, que fue el 27 de febrero. Y porque en estas islas no había más que una poca agua y la gente era mucha y las sequías grandes, acabóse, y solo había para beber un día más; pero el Señor que tomó esta obra a su cargo, mandó tanta lluvia el día que los navíos llegaron allí, que se llenó el pozo, y fue suficiente para todos cuantos allí estaban; y para mostrarnos que tenía particular cuidado de nosotros permitió que la capitana, con otro navío que había llegado, no viniese tan presto como todos queríamos, de donde nació que se volvieron a amotinar no solamente los indios y mamelucos, sino también algunos de los capitanes de los navíos, queriendo entrar dentro del Río, contra la orden que el capitán mayor tenía dada; y tomaron como pretexto, especialmente los indios, que no tenían que comer y que dentro del Río, con los combates que esperaban tener con los Tamoios, sufrirían mejor el hambre y comenzarían a limpiar las tierras de matorral y cercar el lugar donde estaba decidido que se había de fundar la ciudad.



Y es aquí donde Anchieta vuelve a hablar en primera persona, como protagonista directo de los acontecimientos:

Tuve mucho trabajo en aquietarlos, porque, en verdad, el puerto en que estábamos era muy peligroso, los navíos no tenían brea y hacían tanta agua que era necesario gran parte del día dar a la bomba. Los indios no tenían que comer; los portugueses no tenían que darles, porque hacía casi un mes que habían salido y estaban todos flacos y muchos enfermos. Finalmente determinaron los indios esperar solo un día más, y si la capitana no llegaba, o se meterían dentro del Río, o irían para sus tierras, lo que fue causa de gran desconsuelo <sup>47</sup>.

Nuevamente la fe de Anchieta y su profundo sentimiento providencialista de la historia se pone de manifiesto en el feliz desenlace de tan difícil situación:

En este trabajo acudió la Divina Providencia, pues aquel mismo día vimos tres navíos que venían de Bahía con socorro de mantenimiento —traídos por Joao de Andrade— que era de lo que la armada tenía mayor necesidad; y al día siguiente —el 28 de febrero de 1565— llegó la capitana y otro navío; y así, todos juntos, en un mismo mar, con gran alegría, entramos por la boca del Río de Janeiro, comenzando ya los hombres a tener mayor fe y confianza en Dios que en tal tiempo socorría sus necesidades <sup>48</sup>.

A lo largo del día siguiente, que Anchieta no recuerda exactamente si fue el último de febrero o el 1.º de marzo, comenzaron a limpiar la tierra de matorrales «con gran fervor» y a cortar madera para construir la cerca, «sin querer saber de los tamoios ni de los franceses». Según la descripción hecha por Antonio de Matos <sup>49</sup>, fue el 1.º de marzo de 1565 cuando el capitán mayor estableció en la entrada de la bahía, en el sitio limitado por la parte del mar por los dos morros Cara de Cao [Perro] y Pan de Azucar, y por la parte de Guanabara, por el mismo Cara de Cao y otro morro que va hasta el Pao de Açúcar, y que es el espigón de Urca.

Mas como quien entraba en su tierra —prosigue Anchieta—,

el capitán mayor se fue a dormir a tierra y dando ánimo a los otros para hacer lo mismo, ocupándose cada uno en hacer lo que le era ordenado por él, scilicet, cortar madera y acarrearla a hom-





bros, así como tierra, piedras y otras cosas necesarias para la cerca, sin haber nadie que repugnase hacerlo. Desde el capitán mayor hasta el más pequeño todos andaban ocupándose en semejantes trabajos. Y porque en aquel lugar no había más que un lago de ruin agua, y esta era poca, el día que entraron llovió tanto que se llenaron y reventaron las fuentes en algunas partes, de las que bebió todo el ejército en abundancia, y duró hasta que se halló buena en un pozo que luego se hizo; y como ésta estaba en condiciones de poderse beber, secóse del todo el lago, y además de esto se encontró una fuentecilla de agua muy buena en un peñasco, con lo que todos se alegraron mucho y se fueron afirmando en la voluntad que traían de llevar a cabo aquella obra, viéndose tan particularmente favorecidos de la Divina Providencia <sup>50</sup>.

Tras esta nueva profesión de fe en la Providencia, Anchieta relata los primeros incidentes sangrientos con los tamoios:

Los tamoios comenzaron luego a hacer incursiones por tierra y por mar, pero los nuestros sólo se preocupaban de cercarse y fortalecerse, pareciéndoles que no hacían poco defendiéndose [dentro de la cerca], pero Nuestro Señor, no queriendo que se contentaran con esto, permitió que a seis de marzo vieran cuatro canoas de los tamoios y haciendo una incursión junto a la cerca tomaron un indio, que se desmandó; y yendo ya muy lejos con su presa, lanzaron los nuestros sus canoas al mar y persiguieron a los enemigos y los hicieron saltar a tierra y huir por los matos, dejando las canoas, flechas, espadas y cuanto en ellas tenían, y al indio que escasamente tuvieron tiempo para matarlo. Los nuestros los persiguieron por el mato un buen pedazo, y no pudiendo alcanzarlos se volvieron trayendo las canoas y sus armas, que habían dejado, y fue un gran triunfo para que los nuestros cobrasen ánimo y los tamoios enflaquecieran y temieran; y así, de ahí en adelante, no osaban aparecer sino lejos y muchas canoas juntas <sup>51</sup>.

A los pocos días un nuevo incidente, esta vez con los franceses apoyados por 48 canoas de tamoios, vino a turbar la paz de los portugueses y sus aliados ocupados en la fundación de Río.

Hacia el 10 de marzo vimos una nave francesa que estaba a legua y media de la población del Río; y al otro día fue el capitán mayor sobre ella con cuatro navíos, dejando en la cerca a la



gente que parecía necesaria, pues todavía no estaba terminada. Y yendo ya junto a la nave comenzaron a tirar de una y otra parte los tamoios, que aquella asechanza tenían así preparada. Salieron detrás de una punta 48 canoas llenas de gente, y arremetieron contra la cerca con tan gran ímpetu, y no habiendo en ella baluarte ni casa alguna hecha en que se pudiese la gente recoger, Dios Nuestro Señor nos ayudó de manera que andando en medio del terreno descubiertos y lloviendo las flechas sobre ellos, no los hirieron, antes mataron algunos de los enemigos e hirieron a muchos; y, no contentos con esto, arremetieron contra ellos hasta fuera de la cerca y los hicieron huir y embarcar en sus canoas bien desbaratados <sup>52</sup>.

A esta victoria juntóse la que tuvo lugar en la nave francesa que se entregó sin guerra a los portugueses. Y fue de esta manera, según describe Anchieta:

Viendo venir el capitán mayor las 48 canoas sobre la cerca, metióse en un navío de remos para acudir en ayuda, dejando mandado a los otros capitanes de los demás navíos que quedasen en guardia de la nave hasta que tornase o les mandase recado. Esa noche tuvieron charla con los franceses, y hablándoles un pariente suyo, que estaba en uno de los navíos, y diciéndoles que cediesen sin fuerza que se haría misericordia con ellos, mostraron divertirse mucho, y dijeron que eran unos pobres mercaderes que habían venido a ganarse su vida y que estaban ya de camino y llevaban algunos franceses, de los que estaban en tierra, para Francia; que dejándolos ir se fiarían de ellos los otros que quedaban en tierra. Y porque habían lanzado una amarra a tierra, y tenían consigo 30 canoas de tamoios para despejar la nave si se vieran en presa, y dos barriles de pólvora que tenían desenfundados, no les convencieron y se acogieron a tierra porque no fuese el siguiente error peor que el primero, del año pasado, que se hizo al tomar otra nave y dejar más franceses en tierra, pareció bien a los capitanes, porque había peligro en la tardanza de mandar recado al capitán mayor, dándoles seguridades y prometiéndoles que alcanzarían del capitán mayor que lo confirmase y tuviese a bien; y con esto se entregaron y se vieron del todo espantados los tamoios de saber como se fiaban de los portugueses. Pero los franceses, que estaban ya en la nave y se iban para Francia con los suyos, temiendo que no cumpliesen lo prometido, viendo llegar nuestros



navíos hacia ella, se lanzaron al mar y a nado huyeron a tierra, a la vista de los nuestros, sin que nadie los siguiera <sup>53</sup>.

El capitán mayor aprobó, con reservas, lo prometido a los franceses luteranos, que eran en torno a treinta los que todavía vivían con los tamoios, dando licencia a la nave para que zarpara una vez que les requisaron la pólvora y la artillería:

El capitán mayor y todos tuvieron esto por grande merced del Señor, por ser este gran camino para que se desarraigaran del Río de Janeiro los luteranos que allí vivían, que serían hasta 30 hombres, repartidos en diversas aldeas y todos hombres bajos que viven con los indios salvajes; y determinó cumplir lo que sus capitanes habían prometido, a pesar de que tuvo algunas contradicciones de los hombres, que más miraban por su propio interés que por el bien común, pero siendo la mayor parte del parecer que se les debía dejar ir en paz y que de aquella manera se hacía mayor servicio a Dios y a Su Alteza —el rey D. Sebastián— y era camino para más fácilmente poblar y sustentar el Río de Janeiro, les dió licencia para que se fuesen tomándoles la pólvora y la artillería que era necesaria para la cerca, dejándoles escrito a los suyos que se fiasen de nosotros, y que saliesen de los salvajes y se uniesen a nosotros, contándoles el buen trato que de nosotros habían recibido. Los de esta nave eran católicos según las muestras que traían, a saber: Horas de Nuestra Señora, rosarios y cruces. Por lo que es de creer que el Señor les hizo esta misericordia <sup>54</sup>.

El capitán mayor recurrió al propio Anchieta enviándolo al interior a entrevistarse con los franceses que todavía se habían quedado con los indios tamoios:

Para que no permaneciesen en tierra, o se vieran con los otros, y a los nuestros diesen grandísima opresión favoreciendo a los tamoios, determinó el capitán mayor mi partida de allí, que fue a fines de marzo, a hablar con los franceses [que todavía vivían con los tamoios], llevándoles un seguro real de Su Alteza, y carta de sus parientes <sup>55</sup> para poder apartarlos de entre los tamoios y así estos no enfrenten a los indios contra los portugueses con poca fuerza en la costa de Brasil, si no viene socorro de Su Alteza, para lo cual todos están esperando <sup>56</sup>.





Pero antes de que la nave francesa zarpara hubo otro asalto de los tamoios, descrito así por la expresiva pluma de Anchieta:

Antes de que la nave francesa partiese hicieron los tamoios otra tentativa de 27 canoas, a las que ella tiró muchos y buenos tiros, lo que también servirá de ayuda para que los tamoios les den [a los franceses] poco crédito y amor fácilmente hagan las paces con los portugueses, si fueran de este reino favorecidos y así poder quedarse en Río. Serían nueve o diez canoas y echaron los nuestros mano con tanto pulso que fue flechada la gente de sus aldeas, que se lanzó a la tierra para defenderlos; y algunos de los nuestros salieron detrás de ellos, y hubo una brava pelea en la que fueron heridos diez o doce de los nuestros, y algunos de flechadas muy peligrosas de las que por misericordia de Dios fácilmente curaron. Pero de los contrarios fueron muchos los heridos, los cuales los nuestros vieron llevar a rastras por la playa y meter en las canoas. Y así fueron perseguidos por mar y tierra, casi hasta mitad camino de sus aldeas, y les tomaron una canoa y se tornaron con gran victoria. Gloria al Señor <sup>57</sup>.

Anchieta prosigue su carta refiriéndose a sí mismo:

El último día de marzo partí del Río de Janeiro para esta ciudad [Bahía] por mandato de santa obediencia <sup>58</sup> con un hombre honrado de la capitanía de Ilheus, llamado Joao d'Andrade, el cual había sido llamado de San Vicente por el capitán mayor para buscar mantenimiento en estas capitanías, y por su buena industria y diligencia llegó, como arriba digo el mismo día y marea que la armada llegó de San Vicente, y de camino llevó cinco hombres blancos que rescató de entre los tamoios aquellos de Cabo Frío, los cuales se habían perdido en un navío que antes de Joao de Andrade fuera mandado a buscar alimentos. Y después de estar en el Río todo este tiempo y hallándose en los combates que tengo referidos, tornó el capitán mayor, por fiarse de su diligencia, a mandar negociar más vituallas, porque la falta de ellas les hace una mayor guerra <sup>59</sup>.

Anchieta concluye su carta describiendo cual era la situación del Río en el momento de su partida, así como los problemas y peligros en que se encontraban:



Ya, a mi partida, habían hecho muchas rozas alrededor de la cerca, plantando algunas legumbres y plantas comestibles, y estaban determinados a ir a algunos campos de los tamoios para buscar mandioca para comer y ramas de ella para plantar. Tenían ya hecho un baluarte muy fuerte de tapia de mortero con mucha artillería dentro, con cuatro o cinco garitas de madera y tapia de protección, todas cubiertas de tejas, que trajeron de San Vicente, e hicieron otras y otros baluartes, y los indios y mamelucos hacían ya sus casas de madera y barro, cubiertas con unas palmas, hechas y cavadas como canalones y tejas, y que es gran defensa contra el fuego <sup>60</sup>.

Respecto al peligro que suponían los tamoios que preparaban el asalto final a la cerca que los portugueses habían construido y que constituía el asentamiento y origen de Río de Janeiro, se expresa así Anchieta:

Los tamoios andaban juntándose para dar gran combate en la cerca; ya había dentro del Río <sup>61</sup> ochenta canoas y me parece que se juntaron cerca de doscientas porque de toda la tierra habían de concurrir a la isla <sup>62</sup>, y se decía que harían grandes mantas de madera para defenderse de la artillería y abordar la cerca. Pero los nuestros tenían ya gran deseo de que llegara aquella hora porque deseaban y esperaban hacer grandes cosas para honra de Dios y de su Rey, y lanzar de aquella tierra a los calvinos, y abrir alguna puerta a la palabra de Dios entre los tamoios. Todos vivían con mucha paz y concordia. Con ellos estaba el P. Gonzalo d'Oliveira, que les decía cada día misa y comulgaba y confesaba a muchos para gloria del Señor <sup>63</sup>.

El mayor inconveniente que allí había, además del hambre, era que estando allí muchos hombres de todas las capitanías, los cuales pasan del año que andan por allá, y desean irse para sus casas (como he referido) si no se les deja volver perderán sus haciendas; si se les deja volver, queda la población desamparada y con gran peligro de ser comidos los que queden, de manera que por todas partes hay peligros y trabajos <sup>64</sup>.

Anchieta, tras esta nueva alusión al canibalismo de los tamoios que tan de cerca había conocido <sup>65</sup>, concluye haciendo un elogio del capitán mayor y pidiendo ayuda a Su Alteza para terminar la obra comenzada:

Y si no fuese el capitán mayor tan amigo de Dios y tan manso y afable que nunca descansa de noche y de día, acudiendo a



unos y otros, siendo el primero en los trabajos y al que tienen todos gran y cierta confianza, Su Alteza proveerá tanto más sabiendo que ya está puesto el pie en el Río de Janeiro, del que tan temeroso era todavía, allá en esas partes tan remotas, y que si ahora no se lleva a cabo esta obra y se abre mano en ella, tarde o nunca se volverá a acometer. Creo que ya hubiesen reventado muchos y desesperado casi todos, máxime teniendo noticias de aquellos hombres que estuvieron en cautiverio entre los tamoios, los cuales supieron de una nave francesa que allí estaba con el sobrino de Vilhagalhon, capitán que fue de la antigua fortaleza <sup>66</sup>, para venir al Río de Janeiro y San Vicente con una gran armada. La cerca que tienen hecha no es más que un pie para tomar posesión de la tierra, sin poder dilatarse ni salir de ella sin socorro de Su Alteza, a quien Vuestra Reverencia <sup>67</sup> debe ilustrar e incitar para que luego provea porque aunque es cosa pequeña lo que se ha hecho, con todo es mayor. Y bástele llamarse ciudad de San Sebastián, para ser favorecida del señor, por los merecimientos del glorioso mártir, y acrecentada de Su Alteza, que le tiene tanta devoción y obligación <sup>68</sup>.

Las últimas palabras de Anchieta son todo un presagio y premonición del futuro de la ciudad de San Sebastián de Río de Janeiro:

Esta es la breve información de Río de Janeiro. Queda pedir a V.R. nos encomiende, y haga encomendar mucho a Nuestro Señor y tenga particular memoria de los que residen y en adelante residirán en aquella nueva población, ofrecidos a tantos peligros, de la que se espera ha de nacer mucho fruto para gloria del Señor y salvación de las almas <sup>69</sup>.

Apenas unos días después, el 13 de julio de 1565, escribía, también desde Bahía, otro jesuita, el P. Quiricio Caxa, al Provincial de Portugal, Diego Mirao, una nueva carta que sirve de complemento a la anterior para conocer detalladamente lo que ocurrió después de la partida de Anchieta, en especial la batalla y asalto por parte de los tamoios a los fundadores de Río <sup>70</sup>:

Después de haber escrito a V. R. el H.º José [Anchieta] las noticias y buen éxito del Río de Janeiro, llegó aquí la nave capitana que allá quedara cuando él vino, para arreglarla por estar muy desbaratada <sup>71</sup>, con la que trajeron muchas buenas noticias y con-



firmación de las pasadas, y de que el Señor tiene por bien llevar todo aquello adelante.

Bien parece ser obra que mucho revela la gloria del Señor, pues con tan pocas fuerzas humanas se hace resistencia a tantas fuerzas de los contrarios tamuyas y franceses, peores que aquellos. V. R. debe mandar favorecer con las oraciones de todos los Padres y Hermanos y con los mayores remedios humanos que fuera posible.

Y es a partir de aquí cuando viene la descripción del asalto de los tamoios:

Al tiempo que el Hermano partió de allá <sup>72</sup> quedaban esperando un combate muy grande de los contrarios y franceses que habían de venir con ellos en su ayuda, para lo cual andaba allá apellidando toda la tierra, pareciéndoles que si aquello no se acababa ahora al principio, cuando las fuerzas de los cristianos eran pocas, que nunca lo acabarían. Juntóse mucho gentío, que serían unos 3.000, que fue lo que se pudo saber; y los vieron en 160 canoas <sup>73</sup> con muchas espaldas, espingardas y bombardas que los franceses les habían dado.

Y para mostrar Nuestro Señor más su poder y más quebrarles los corazones, juntáronse con ellos, en su ayuda, tres naves francesas de luteranos y calvinos, las cuales fueron llamadas de Cabo Frío <sup>74</sup> donde estaban, de modo que, unos por tierra, otros por mar, determinaron concluir lo que habían comenzado. Los gentíos en tierra hicieron sus cercas lo mejor que pudieron para ofender a los cristianos y defenderse de ellos, y poco a poco se fueron acercando hasta abordar la fortaleza. Los franceses por su parte determinaron hacer lo mismo por mar, y si Dios Nuestro Señor no los ayudara [los portugueses] estaban cercados de ellos [los franceses] de manera que muy mal escaparan, cuando viraron las naves y reconocieron ser franceses, porque al principio creyeron que eran barcos de costa que les llevaban víveres y socorro.

Hicieron apuntar una «espera» <sup>75</sup> y la primera que llegó, que era la capitana, la cual iba muy soberbia con estandartes y banderas de seda, pífano y tambor de guerra, fue varada de popa a proa con la «espera», con lo que recibió mucho daño, y habiendo algunos muertos la socorrieron con otros [navíos]; y con ellos, Dios así lo quería, fue la nave a dar sobre un lago que está en la entrada del Río, donde corrió mucho peligro, mas fue ayudada por los indios con sus canoas y con chalupas, y con la marea que subía la tiraron fuera. Estando en esta operación llegó Estació de Sá,



capitán mayor, con muchos flecheros y no hallando resistencia hizo en ellos mucha destrucción. Las otras dos naves que después entraron fueron también salvadas...<sup>76</sup> Todavía entraron por el Río adentro, que lo pudieron impedir los nuestros por no haber tenido lugar para aparejar como convenía la nave capitana y los demás navíos; sin embargo, fueron después de ella, metiéndose casi toda la gente de la fortaleza en la nave capitana por tener que abordar y pelear con los franceses que eran muchos. Desencadenándose una gran tormenta con la que mal se podían defender, si el Señor, que tomó esto a su cargo, no los librara, porque sintiendo tiros en la ciudad y mucho fuego, y sospechando lo que podía ser, hicieron señal a los navíos de remos que estaban más cerca de los franceses y recogieron en la ciudad. Allí los indios por tierra habían dado con mucha fuerza, por parecerles que no hallarían en ella resistencia por los pocos que habían quedado, y que cogerían cautivas y comerían las mujeres que allí hubiese. Sin embargo les ocurrió muy al contrario, porque fueron puestos en fuga, quedando muchos muertos y muchos de los que huyeron quebrados los brazos y piernas y muchos mal heridos de los tiros, fortificándose los nuestros lo mejor que pudieron por mar y por tierra.

Tornáronse a las naves por el Río abajo, y surgieron de frente del puerto de la ciudad, y con ellos 160 canoas de Tamuyas y comenzaron a colocarse en son de guerra; y comenzando a tirar algunas bombardas, saltaron a tierra el gentío y los luteranos. Y llegando a la ciudad, fueron muy bien recibidos, muy al contrario de lo que ellos tenían para sí. Viendo que no hacían fruto, antes recibían mucho daño, levantaron tiendas y fueron por las tranqueras y cercas que tenían hechas para pegarles fuego. Y quedó el gentío tan lleno de miedo que no osaron aparecer ni por mar ni por tierra, y a sus mismas aldeas van ya los mancebos para matarlos y cogerles prisioneros.

Las naves [francesas] salieron fuera y queriéndolas seguir el Capitán mayor al otro día, por ser aquel ya tarde, tomaron mejor consejo y se acogieron aquella noche para poder huir lo antes posible. No ganaron nada con este viaje, les mataron mucha gente y entre ellos a su Capitán mayor. El Capitán mayor portugués, Estació de Sá, les tomó dos naves que no huyeron, alargando las amarras y otras pérdidas que sintieron, con lo que quedaron muy magullados, y determinaron vengarse. Estaban recogiendo mucho gentío y aguardando una armada gruesa de Francia, que les había de venir en socorro por octubre, según ellos dicen.



Tras esta larga y minuciosa descripción de lo sucedido en Río, el autor de la carta, al igual que lo hizo Anchieta en la suya, pide al Provincial de Portugal interceda ante sus Altezas para que les mande socorro con el que puedan concluir felizmente la obra comenzada:

Estas cosas son para que V. R. las mande encomendar al Señor y haga con Sus Altezas todo lo posible para que manden socorro a aquella tierra con mucha diligencia, para que no se pierda por negligencia y descuido lo que con tantos trabajos, como se sabe, se ganó.

Y como si los merecimientos de los capitanes hacen alguna cosa para ser ayudados y favorecidos en las cosas arduas y grandes que emprenden en servicio de su Señor el Rey, y los de estacón de Sá son tales que convienen a un capitán afamado por su prudencia y juicio para determinarse y cuanto ha de acometer, y su ánimo y esfuerzo y constancia para acometer y llevar adelante lo determinado. Y porque más no conviene y porque nadie piense que lo poco que digo es medida de lo mucho que tiene, me callo dejando esto a quien convenga y que lo sabrá decir mejor que yo. Solamente digo que la cosa en sí merece toda ayuda, favor y socorro, porque por allí se abre una gran puerta para ser el Reino de Portugal acrecentado en lo temporal y en lo espiritual; y juntamente, para que no perezcan los que tienen puestas sus vidas para defensa de ese lugar, tengo a bien pedir a V. R. por amor del Señor, a ellos y a nosotros nos mande encomendar a Dios en los santos sacrificios y oraciones de todos los Padres y Hermanos <sup>77</sup>.

No son muy abundantes las noticias posteriores. Sin embargo, tanto la ciudad de Río de Janeiro, como el colegio que los jesuitas allí abrieron con dotación del propio rey de Portugal —concedida ya el 15 de enero de 1565— fueron progresando y consolidándose.

Así se conservan las advertencias de Francisco de Borja al P. Ignacio de Azevedo, visitador del Brasil, fechadas en Roma a fines de enero de 1567, en las que se dan normas a Azevedo sobre su particular visita de la provincia del Brasil. Y el primer punto del que se habla —además del colegio de Bahía dotado para 60 jesuitas que fueran a enseñar la doctrina cristiana en las aldeas y población de dicha capitana de Bahía <sup>78</sup>— es de la necesidad de comenzar a poblar y hacer el colegio de Río de Enero, pues «Su Alteza tiene hecha la dotación <sup>79</sup> para 50 religiosos». Entre otras advertencias se deja al arbitrio del provincial si los novicios debían aprender la «lengua brasílica» el primer año de no-



viciado. Y el espíritu detallista de Francisco de Borja llega incluso a autorizar que delante del Santísimo Sacramento pueda arder óleo de peces, como ballenas, etc., «pues el olor no es tan malo que cause notable indecencia, lo cual se conoce en sufrirse esse azeite en los candiles de los nuestros, y en Castilla se uza»<sup>80</sup>.

El visitador Ignacio de Azevedo había llegado a Bahía el 24 de agosto de 1556, procedente de Lisboa, con la escuadra portuguesa que Mém de Sá había pedido a la metrópoli para acabar de una vez la conquista de Río. La escuadra, al poco tiempo, zarpó de Bahía rumbo a Río de Janeiro, una vez que a la expedición militar se añadieron el Gobernador, el obispo Pedro Leitao, el provincial de los jesuitas, Luis de Gra, el visitador Ignacio Azevedo y el recién ordenado sacerdote José de Anchieta. La flota se detuvo en la capitania de Espíritu Santo para su avituallamiento, y allí se quedaron, por enfermedad del Gobernador, hasta diciembre. Hasta el 18 de enero de 1567 no llegaron a Río donde se alcanzó una victoria definitiva, el 20 de enero, festividad litúrgica del mártir San Sebastián, y onomástica del rey de Portugal; de ahí que a Río de Janeiro se le diera el atributo de «Sebastianópolis» y fuera declarado su patrón San Sebastián.

En esta batalla del Río hay que destacar la participación también de muchos indígenas cristianos, y en especial la del jefe indio Ararigbóia que llegó a reunir, según los cronistas de la época, hasta 4.000 arcos contra los tamoios y franceses, y que fue premiado por el rey de Portugal. A él se debió la fundación, en otro de los extremos de la bahía de Guanabara, de la aldea de San Lorenzo de Niteroi.

Testigo de estos acontecimientos fue el propio visitador Ignacio de Azevedo, quien escribió a Francisco de Borja, su general en Roma, una interesante carta, desde el mismo Río el 20 de febrero de 1567; desde ese Río de Enero que Azevedo describe como «una nueva población que se ha hecho de dos años a esta parte, y que ahora la manda el Rey aumentar y que se haga una ciudad». En esas fechas había en Río solo tres jesuitas, dos sacerdotes y un lego<sup>81</sup>. Azevedo quedó impresionado del lugar y de la difícil situación en que allí se encontraban los nuevos pobladores:

Está esta tierra de guerra y ha venido al Gobernador —Mem de Sá— con armada y gente para sugetarla. Ha tomado dos lugares, los más fuertes de los indios<sup>82</sup>, adonde eran ayudados de franceses luteranos, que por acá han quedado del tiempo que un caballero francés —Villegaignon— vino a hacer aquí una fortaleza, que también fue tomada. Tienen dado artillería y otras armas a los gentiles, con que hacer la guerra.





Mas Dios Nuestro Señor ha dado la victoria en la tomada destes dos lugares donde había las más de las armas, aunque fue con sangre de los cristianos, que hubo algunos muertos y muchos heridos, para que sirvió bien el ministerio de los nuestros en curarlos espiritual y corporalmente <sup>83</sup>.

A pesar del éxito obtenido, entre los muchos heridos en la batalla, uno de los más graves fue precisamente el Capitán mayor y sobrino del Gobernador, Estació de Sá, que había resistido durante dos años durísimos ataques de los indios tamoios antes de llegar la ayuda de su tío que le permitió la victoria final. A consecuencia de las heridas recibidas, el joven capitán y fundador de Río de Janeiro fallecía un mes más tarde, en presencia del P. Anchieta <sup>84</sup>, precisamente el mismo día que el visitador Azevedo escribía su carta a Francisco de Borja, el 20 de febrero de 1567.

Carta que prosigue en estos términos:

Ahora ya los indios [tamoios] viene a pedir paces con todas las condiciones que quisieren, pero como no tienen rey ni obligación unos a otros, y cada lugar está por sí, y en el mismo lugar cada uno es señor de su casa, o mejor decir, ninguno es señor de su casa, que ni el hijo al padre tiene obediencia, no se puede asentar cosa fija.

Esperamos con todo en el Señor que se hará lo mejor que se puede, y conforme a eso ordenaremos aquí de la residencia de los nuestros, o de pocos o de más, o para que venga a ser Colegio, para que parece que podrá haber por el tiempo adelante, queriendo el Señor, más disposición que en otras partes del Brasil <sup>85</sup>.

Tras esta nueva alusión a la fundación del Colegio de los jesuitas en Río, concluye Azevedo la parte relativa a la ciudad de Río con una breve descripción de la misma y sus cualidades:

La tierra es fértil de todos los «mantenimientos», con que aquí se sustentan, que son muy buenos; dáse mucho algodón y azúcar; pero, como todo se ha de hacer de nuevo, tiene espacio para poderse poblar la tierra <sup>86</sup>.

Apenas unos meses después, el 5 de diciembre de 1567, escribía desde Piratininga el P. Baltasar Fernández a los Padres y Hermanos de Portugal una larga carta relatando minuciosamente la visita del



P. Azevedo a Brasil y la situación del país. Por lo que respecta a Río, sin ser muy extenso, sí resulta interesante la descripción que hace de su situación:

Del estado en que está Río, creo que será V. R. sabedor por otras cartas. Por eso no escribo largamente. En suma digo estar el Gobernador en paz con el gentío de la tierra, y los franceses están arrojados ya fuera de por ahí por la guerra, si bien todavía se dejan ver algunas naves en Cabo Frío que van a hacer sus negocios y llevarse brasil [palo de] contra lo que no puede ir nuestra armada (tanto más que es pequeña) por los tiempos contrario: hace en la ciudad de Río cuanto puede. Leo en una carta que de allá he recibido que ya había 150 y tantos mercaderes y que la mayoría de ellos tenían ya sus mujeres. La tierra es de las buenas que hay en Brasil. Tiene mucho brasil, algodón y puede tener mucho azúcar, como lo planten, y mucho sustento y muchas legumbres y muchas carnes como ganado vacuno, que ya ha empezado; y tiene mucho pescado y bueno, y todo lo demás que es necesario para la vida. Está en buen sitio y tiene buenos aires<sup>87</sup>.

Para concluir la última noticia de Río, tomada esta vez de una carta escrita desde Bahía el 16 de enero de 1568, por el P. Amaro Gonçalves al P. Francisco de Borja, en Roma. En ella se refiere al Río de Janeiro, donde en esos momentos estaba el Gobernador Mem de Sá.

acabando la ciudad de San Sebastián, la cual, después de vencer los brasiles y franceses que ahí había, y hechas las paces, mudó para otro lugar más fuerte y más acomodado, como de allá más largamente escribirán a V. Paternidad los nuestros que ahí residen, a donde, según nos dicen, está grande puerta abierta para la conversión de aquella gentilidad, de la cual tenemos noticia ser más capaz de doctrina que ésta de Bahía<sup>88</sup>.

El nuevo emplazamiento de la ciudad, y donde se inició la construcción del nuevo colegio de los jesuitas, por el que el rey de Portugal estaba tan interesado, fue un monte que después se llamó «Morro do Castelo», hoy arrasado por razones urbanísticas, si bien se mantiene, en el centro del actual Río, el mismo nombre de Castelo.

El colegio de los jesuitas de Río recibió la dotación de D. Sebastián, en Provisión Real, fechada en Lisboa el 11 de febrero de 1568, pocos días después de que D. Sebastián asumiera el gobierno de Portugal, el

20 de enero de 1568. Esta fundación fue uno de sus primeros actos. Como rector del nuevo colegio de Río fue nombrado el ya viejo y enfermo P. Nóbrega. El destino de Nóbrega a Río supuso que las casas jesuíticas de San Vicente y Sao Paulo quedaran sin superior, cargo que recayó en Anchieta, que es descrito así en el catálogo jesuítico de ese año de 1568:

Joseph de Anchieta, sacerdote, scholar, de 34 años, a 17 que entró en la Compañía en Portugal, a 15 que fue imbiado al Brasil. Estudió latín y la lógica solamente, y con enfermedad se atajaron sus estudios. Es natural de las Canarias. Sabe la lengua de los Indios. Es Superior allí <sup>89</sup>.





## NOTAS

1. Es significativo que dicho fuerte se dedicara en honor del almirante Gaspard de Coligny (1519-1572), defensor de San Quintin contra los españoles. Diez y siete años después de la construcción del fuerte de Guanabara moriría entre los hugonotes víctima de la conocida como la Noche de San Bartolomé (24 de agosto de 1572). Sobre el por qué los franceses calvinistas se fortificaron en la isla de Serigipe, hoy isla Villegaignon, existe una carta dirigida a Calvino, el 31 de marzo de 1557, en la que explican los motivos. Cfr. José GONÇALVES e Yves BRUAND, «Os franceses na Guanabara» (Correspondencia da França Antártica), *Revista de Historia*, (Sao Paulo), 28, (1964), pp. 219-222.

2. Sobre Calvino, cfr. José Antonio FERRER BENIMELI, *Voltaire, Sevet y la tolerancia*, Villanueva de Sijena, Instituto de Estudios Sijenenses «Miguel Servet», 1980.

3. Catalina de Austria fue regente del reino entre 1557 y 1562, durante la minoría de edad del futuro rey don Sebastián. En las Cortes de 23 de diciembre de 1562 fue nombrado regente el cardenal infante D. Henrique.

4. Sobre esta obra cfr. el trabajo de Miguel RODRÍGUEZ-PANTOJA MÁRQUEZ, «Poesía épica: el de Gestis Mendi de Saa» en *José de Anchieta. Vida y Obra* [Coord. Francisco GONZÁLEZ LUIS], San Cristobal de La Laguna, Ayuntamiento, 1988, pp. 201-129. Mem de Sá, natural de Coimbra, estuvo en Brasil desde el 27 de diciembre de 1557 hasta el 2 de marzo de 1572, en que falleció. La hacienda que reunió a lo largo de sus quince años como Gobernador, así como todos sus bienes —al morir sin descendencia— pasaron al patrimonio de la Compañía de Jesús, de la que él era muy afecto.

5. El Cardenal Infante, D. Henrique fue regente del reino desde el 23 de diciembre de 1562 hasta el 20 de enero de 1568 en que D. Sebastián fue proclamado rey.

6. Serafim LEITE, *Monumenta Brasiliae. III (1558-1563)*, Roma, Monumenta Historica Societatis Iesu, 1958, p. 242 [En adelante *Monumenta III*]

7. *Monumenta III*, p. 243.

8. «Y entre ellos el Superior P. Luis de Gra había mandado al P. Fernando Luis y al H.º estudiante Gaspar Lourenço para confesar a los soldados y enseñar a los indios». Serafim LEITE, *Historia da Companhia de Jesus no Brasil*, Lisboa-Río de Janeiro, 1938-1950, t. I, p. 377.

9. *Monumenta III*, p. 243.

10. El ataque a los franceses e indios Tamoios comenzó el día 15 de marzo; una sexta feria «después del mediodía y duró todo el día y toda la noche siguiente y el sábado durante el día, y a la noche huyeron y se fueron en canoas y otras embarcaciones

para tierra firme», según testimonio de Sebastián Alvares. Serafim LEITE, *op. cit. História da ...*, t. I, p. 377.

11. *Monumenta III*, p. 245.
12. Se conserva en la Biblioteca Pública de Ginebra una carta latina de Villegaignon a Calvino, traducida al francés con el título: *Exploits du Roy de L'Amérique Villegaignon*. Cfr. Paul GAFFAREL, *Histoire du Brésil Français au Seizième Siècle*, Paris, 1878, p. 242.
13. Ps. 26, 12: «No me entregues al ansia de mis adversarios, pues se han alzado contra mí falsos testigos, que respiran violencia».
14. *Monumenta III*, p. 245.
15. Mat. 12, 45; Luc. 11, 26: «Entonces va y toma consigo otros siete espíritus peores que él, entran y se instalan allí, y el final de aquel hombre viene a ser peor que el principio».
16. *Monumenta III*, p. 245.
17. *Monumenta III*, p. 246.
18. Esta correspondencia se conserva en el Archivo Nacional de Río de Janeiro, que guarda la documentación de los jesuitas hasta su expulsión en el siglo XVIII.
19. Mujeres blancas, es decir hijas de blanco e india, propiamente mamelucas o mestizas. *Monumenta III*, p. 563.
20. Está fechada en Sao Paulo de Piratininga, a 12 de mayo de 1564. Archivo Municipal de Sao Paulo, Livro I das Vereanças. Anno de 1564. Serafim LEITE, *Monumenta Brasiliae. IV (1563-1568)*, Roma, Monumenta Historica Societatis Iesu, 1960, pp. 50-51 [En adelante *Monumenta IV*]
21. *Monumenta III*, p. 563.
22. Indios tamoios.
23. *Monumenta IV*, p. 123.
24. José A. FERRER BENIMELI, «José de Anchieta y su experiencia con los caníbales de Iperuig», *Actas del XI Coloquio de Historia Canario-Americana*.
25. Los franceses
26. Los indios tamoios
27. *Monumenta IV*, pp. 138-139.
28. *Ibidem*.
29. *Monumenta IV*, p. 173: Anchieta a Diego Laínez, San Vicente, 8 de Janeiro de 1565.
30. *Monumenta IV*, p. 174.
31. *Monumenta IV*, p. 174-175.
32. Como veremos, en el último combate victorioso, de 1567, el fundador de la ciudad fue herido mortalmente en plena juventud.
33. *Monumenta IV*, p. 176.
34. *Ibidem*.
35. Anchieta utiliza indistintamente las dos expresiones: tamoios y tamuias.
36. *Monumeta IV*, p. 177.
37. *Ibidem*.
38. Así como en la carta anterior dirigida a Laínez escribe en un español bastante portuguesizado, en este caso la carta está redactada en portugués, por lo que ofrecemos su traducción al castellano.
39. Indios afines a los tupis que habitaban el *sertao* y que tenían puertos al sur de Itanhaém.
40. *Monumenta IV*, pp. 243-244.
41. Hijos de portugués e india.
42. *Monumenta IV*, pp. 243-244.





43. De la simple lectura de la carta no resulta fácil la identificación de la «isla grande», dada la gran cantidad de islas que rodean el actual Río de Janeiro, tanto fuera como dentro de la bahía de Guanabara. Si bien hoy día la isla más grande es la llamada del Gobernador, donde se asienta el aeropuerto principal de Río, por el contexto no queda suficientemente claro que se refieran a ella.

44. Marambaia. Isla que acaba en la Barra de Guaratiba en el actual estado de Guanabara.

45. *Monumenta IV*, p. 245.

46. *Monumenta IV*, p. 246.

47. *Monumenta IV*, p. 247.

48. *Monumenta IV*, pp. 247-248.

49. *De prima Collegii Fluminis Iannuarii Institutiones*, Archivum Societatis Iesu [Roma], Fond. Ges. 1587/3, Collegia 202, fol. 16r-16v.

50. *Monumenta IV*, p. 248.

51. *Monumenta IV*, p. 249.

52. *Ibidem*.

53. *Monumenta IV*, p. 250.

54. *Monumenta IV*, p. 251.

55. La carta dejada por los franceses de la nave, para los franceses que se quedaron con los tamoios.

56. *Monumenta IV*, p. 251.

57. *Monumenta IV*, p. 252.

58. Anchieta tuvo que regresar a Bahía para cumplir los deseos del P. General, Diego Laínez, quien en carta fechada en Trento, el 25 de marzo de 1563 —poco antes de terminar el famoso Concilio de Trento—, recomendaba ya la ordenación sacerdotal del H.º Anchieta. Allí debía ocuparse en el estudio que le faltaba (teología moral) indispensable para el sacerdocio que todavía no había recibido en la fecha de esta carta de Anchieta. Según Simao de Vasconcelos, «de camino le ordenó el P. Manuel de Nóbrega (a cuyo cuidado estaba el gobierno de San Vicente y de la Capitanía de Espíritu Santo) que visitase la casa y aldeas que allí, en la Capitanía del Espíritu Santo tenía la Compañía». Simao DE VASCONCELOS, *Chronica da Companhia de Jesu do Estado do Brasil*, Lisboa, 1663, liv. 3, p. 86. La ordenación sacerdotal de Anchieta tuvo lugar en Bahía, finalmente, en junio de 1566, es decir, al año siguiente de la fundación de Río de Janeiro.

59. *Monumenta IV*, p. 252.

60. *Monumenta IV*, pp. 252-253.

61. Cuando Anchieta habla del Río se sobreentiende lo que hoy se conoce como bahía de Guanabara, pues el tal Río nunca existió.

62. La isla, en este caso, se entiende es el terreno cercado que constituía una isla dentro del mato.

63. Con esto se constituyó el P. Gonzalo de Oliveira, capellán militar, y como de facto ya se iniciara, desde el día 1 de marzo, la ciudad de Río de Janeiro, también la primera autoridad eclesiástica local de la nueva ciudad.

64. *Monumenta IV*, p. 253.

65. Cfr. *op. cit.*, FERRER BENIMELI, José A., *José de Anchieta y su experiencia con los canibales de Iperuig*.

66. Todavía hoy conserva su nombre la isla de Villegaignon, actual escuela naval, al lado de lo que hoy es el aeropuerto Santos Dumont, ganado al mar con el antiguo Morro do Castelo.

67. El Provincial de los Jesuitas de Portugal, destinatario de la carta de Anchieta.



68. *Monumenta IV*, p. 254. Dióse a la ciudad el nombre de San Sebastián en homenaje al Rey de Portugal. El sentido de la frase final de Anchieta debe interpretarse como que le bastaba a la ciudad el nombre de San Sebastián para que Dios la ayudara y el Rey D. Sebastián la favoreciera y aumentara.

69. *Monumenta IV*, pp. 254-255.

70. Esta carta, escrita en portugués, se encuentra en la Biblioteca Nacional de Río de Janeiro [S. Roque, Lisboa, I -5, 2, 38, fols. 188v-190r]. Fue publicada en su versión original en *Monumenta IV*, pp. 255-260.

71. Se trataba de la nave capitana de la armada de Estació de Sá que tomó parte en la defensa y fundación de Río de Janeiro.

72. Recordemos que Anchieta partió de Río de Janeiro el 31 de marzo.

73. Es decir que en cada canoa iba una media de 18 a 19 hombres.

74. Cabo Frío, en la costa de Río de Janeiro, en el camino del norte, a unas 25 leguas geográficas de la entrada de Río de Janeiro. Cabo Frío era muy frecuentado por navíos franceses que iban a cargar palo de Brasil, y de donde serían desalojados definitivamente algunos años después por el Gobernador Antonio Salema. *Monumenta IV*, p. 257.

75. Antigua pieza de artillería.

76. Ilegible en el manuscrito. Probablemente -por el sentido- dijera «con sus tiros». El lago a que se alude en la carta probablemente sería la actual bahía de Botafogo.

77. La carta está fechada así: «De este Colegio de Jesús de la ciudad del Salvador, Bahía de todos los Santos, hoy, 13 de julio de 1565. Por comisión del Padre Provincial [Luis de Gra] de V. R. indigno hijo, Quiricio».

78. *Monumenta IV*, p. 183.

79. La dotación regia fue ordenada por la Provisión de D. Sebastián, rey de Portugal, fechada en Almeirim el 15 de enero de 1565 [*Monumenta IV*, pp. 181-185], y después más especificada por Estació de Sá -en su calidad de fundador de la ciudad- en Río de Janeiro el 1 de julio de 1565 [*Monumenta IV*, pp. 214-240] y en la provisión regia de 11 de febrero de 1568 [*Monumenta IV*, págs 446-452 y 455-457]. En julio de 1567 se dio principio efectivo al Colegio de Río de Janeiro, pero la denominación de Colegio aparece ya en la sumaria del 1 de julio de 1565: «Donatio terrarum Statii de Sá facta Collegio Fluminensis» [*Monumenta IV*, pp. 214-240]

80. *Monumenta IV*, pp. 380-381.

81. Un año después, en 1568, figuran tres jesuitas en Río, lo tres sacerdotes [*Monumenta IV*, p. 481].

82. Uno era la fortaleza «de un principal indio Byraçumerim, que estaba en un lugar muy fragoso con muchos franceses dentro y artillería», otro, la «fortaleza de Pernabequu, indio principal, el cual tenía mucha gente de guerra y artillería». *Testemunho de D. Pedro Leitao* en «Instrumento dos Serviços de Men de Sá», en *Anais da Bibl. Nac. do Rio de Janeiro*, 27 (1906), 208-209.

83. *Monumenta IV*, pp. 383-384.

84. Según algunas fuentes el que asistió a la muerte de Estació de Sá, fue el P. Gonzalo de Oliveira, capellán militar de la plaza, como hemos visto más arriba, nota 63.

85. *Monumenta IV*, p. 384.

86. *Ibidem*.

87. *Monumenta IV*, p. 242.

88. *Monumenta IV*, p. 437.

89. *Monumenta IV*, p. 481.